

La escritura de la historia dentro del campo de la política, breve ensayo crítico*

*Didier Eduardo Monsalve Jaramillo***

Resumen

El presente trabajo, tiene como objetivo, hacer un recorrido por la historia de la escritura histórica de América Latina para mostrar su desarrollo, no solo a través del tiempo, sino también para evidenciar cómo los discursos historiográficos se han visto influenciados no únicamente por instituciones políticas como el Estado y demás elementos del campo político, sino también por las relaciones de poder que modifican o influyen en la escritura histórica. En un primer momento, se va a abordar la forma en que, desde la conformación de comunidades políticas la historia ha estado al servicio del Estado; en un segundo momento, se evidencia la importancia de la escritura histórica en la construcción de los Estados nacionales modernos en América Latina. Y, por último, se plantea cómo la ideología política moldea el discurso histórico de la disciplina en la actualidad.

Palabras clave: Estado, Nación, Escritura, Legitimidad, Poder político, Relato, Disciplina histórica.

* Este texto es de corte ensayístico elaborado en el marco del curso de “Teoría Política” de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas.

** Estudiante del pregrado de Historia de la Universidad de Antioquia y auxiliar del grupo de investigación de Historia Moderna y Contemporánea. Medellín, Colombia, didier.monsalve@udea.edu.co.

Introducción

La historia entendida según la tradición clásica como el registro o escritura de los hechos históricos, ha estado a lo largo de la humanidad muy ligada a la política, sino también al poder político en general. Entendiendo así a la política básicamente según la definió el sociólogo alemán Max Weber, como “la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o grupos políticos, y dentro de un mismo Estado entre los distintos grupos de hombres que lo componen” (Weber, 1979). Por lo que se hace necesario asimilar a la política y al poder como elementos fuertemente ligados que no permiten entenderse la una sin la otra; de esta manera, se genera un debate crítico frente a la incapacidad de la Historia de ejercer su independencia del campo de lo político, y de su autonomía frente a cualquier influencia política externa que distorsione su componente científico, según ha sido pretendido desde las posturas positivistas del siglo XIX.

La forma de escribir y de concebir la historia nunca ha sido la misma, a lo largo del tiempo esta ha ido evolucionando, conservando un bagaje narrativo que se va acumulando hasta crear tradiciones historiográficas que sirven de base para que los historiadores generen nuevas representaciones mediante el lenguaje escrito. Así mismo, la producción que genera el historiador será un producto social, y es que no se puede aislar al historiador de su entorno social ni cultural que, en mayor o menor medida, condicionan su relato (Rico, 2002). Así pues, la escritura de la historia al no encontrarse separado de su contexto histórico, sino que, al hacer parte de su propia historicidad, estuvo encargada de legitimar los paradigmas e instituciones imperantes que gozaron no solo de cierta aprobación social, sino también de la fuerza y el poder político para generar los relatos que den por válidos su legitimidad. De esta manera, tenemos los claros ejemplos de la democracia ateniense en la antigüedad, la teología, las monarquías y la Iglesia en la edad media, y en el espectro de la modernidad, a la ciencia positivista y los Estados nación.

Historia y política juntas desde el inicio

Podemos afirmar que, desde el nacimiento de la historia con Heródoto de Halicarnaso, la escritura de los hechos del pasado ha estado siempre permeada por el campo político. En este sentido, la escritura de la historia nunca fue con-

cebida como una simple actividad intelectual o cognitiva, desde la historiografía antigua siempre se ha pensado a la historia como una herramienta que es útil a ciertos fines en específico. Por lo general, la historia tenía un grado de valor que contribuía a la función educativa, por lo que de una u otra manera se veía como una guía para la conducta o una maestra de vida (Balmaceda, 2013, pág. 13). Así, teniendo en cuenta la importancia de la vida en la polis y por ende, también la participación de los ciudadanos en las decisiones políticas de la ciudad, la historia toma un protagonismo que le permitiría a los griegos proveer lecciones históricas a los políticos, y así otorgarle un material de enseñanza ética con modelos políticos a sus gobernantes y adiestrarlos, con el objetivo de que tomaran las mejores decisiones, analizando y aprendiendo de los errores del pasado (Balmaceda, 2013, pág. 14). No es extraño entonces que muchos historiadores antiguos, en especial de la tradición latino-romana, fueran hombres de carácter público, siendo incluso miembros del senado como en su caso lo fueron Cicerón o Catón.

Para asegurarse de que la historia cumpliera con su función de educación política, era necesario que los acontecimientos que se narraban tuvieran cierto protagonismo político. No es sorpresa entonces que los principales eventos que se dedicaban a narrar los historiadores antiguos fueran precisamente hechos políticos, historias de grandes personajes militares, líderes, reyes o sucesos bélicos como batallas y enfrentamientos; todo con el fin de proporcionar una forma de acceder al pasado y aplicar las enseñanzas que dejaba su estudio de los hechos políticos o militares.

En la antigüedad, la historia se concebía como una parte esencial de la oratoria, por lo que la finalidad de esta no estaba solo en el registro de hechos o en la enseñanza política, sino también en encantar y atraer al público tal como lo expresaba el historiador romano Polibio; por lo que su relación con la retórica era más que evidente. Y es que la retórica era un instrumento en el que se apoyaba el historiador para justificar y legitimar su relato (Balmaceda, 2013). Es aquí cuando el discurso ya no solo es utilizado para seducir a la audiencia, sino que además se usará como herramienta para legitimar los poderes políticos imperantes, podemos apreciar por ejemplo, cómo el historiador Tito Livio y en general la tradición de historiadores romanos, se dedican a exponer en sus relatos las grandezas del Imperio Romano justificando sus conquistas frente a los bárbaros o resaltando las figuras de los mismos emperadores mediante el uso mismo de la retórica (Balmaceda, 2013).

Durante la edad media, se conservaría todavía mucho de esta tradición historiográfica clásica-antigua, la cual estaría también permeada por la historia eclesiástica, que como institución conductora de la sociedad y legitimadora de las relaciones sociales imperantes de su contexto cultural, dominaría la producción historiográfica durante varios siglos, enfocándose principalmente en resaltar el valor de los hechos y gestas de las primeras grandes hazañas del cristianismo para la educación del lector (Gruzinski, 2021). Esta forma de historia cristiana responde a un objetivo político muy específico: la de combatir la herejía (Gruzinski, 2021). Es por esto que, en este periodo de la historia, la narración de la vida de los mártires cristianos, las campañas y combates en el marco de las cruzadas, tienen la función no sólo de legitimar la Iglesia católica y el cristianismo en general como institución que ocupa un espacio político, sino también la de evangelizar para otorgar peso político a la Iglesia y así ganar mayor fuerza en el equilibrio de poderes que legitimara su papel mediador entre Dios y las monarquías cristianas.

Esta forma medieval de hacer historia es la que heredaron muchos misioneros y frailes que arribaron a América, como tal es el caso del Fray Toribio de Benavente, quien retrata en sus obras el carácter evangelizador de la conquista española. Y es que su concepción medievalista de un mundo bajo la cobija de una única religión verdadera, lo condicionaron para que en su relato legitime a la monarquía hispánica y a los reyes católicos como los designados por la Iglesia y la divinidad con el objetivo de expandir la fe católica en el nuevo mundo. Toda esta empresa se planteó en miras de un previsible fin de los tiempos que vendría con la evangelización de todas las almas (Gruzinski, 2021).

Con el descubrimiento y conquista de los territorios americanos, se desarrollaron nuevas formas de escribir y registrar los hechos históricos. Con las cartas y relaciones, nuevos actores que no pertenecían a la élite ni a la intelectualidad religiosa como lo fueron los navegantes o militares, comenzaron a escribir para registrar y describir sus vivencias, aun cuando esta no era su misión primordial en el nuevo mundo (Mignolo, 1982). En su obligación de conquistar y explorar, estos sujetos que no tenían la función principal de escribir, se ven en la necesidad y el deber de informar a su libertad sobre lo que ven a sus más allegados patrocinadores, por lo que sus cartas y diarios a pesar de ser el resultado de un acto secundario de escritura, se convierten en los informes de una empresa política y comercial que busca posesionarse en las tierras recientemente descubiertas (Mignolo, 1982). Ejemplo de ello, son las cartas de relación de Hernán

Cortes en donde argumenta y justifica sus acciones de desobediencia durante el proceso de la conquista de México frente a la figura del monarca.

La historia como disciplina alrededor del siglo XVI, tenía la particularidad de carecer de un componente temporal, por lo que para los humanistas la historia solo tenía la connotación de informar sobre lo vivido y lo visto, independientemente de la antigüedad del hecho (Mignolo, 1982). Así mismo, esta intención narrativa fue muy importante cuando se empezó a colonizar y a poblar los territorios americanos, dado que se hizo necesario para la monarquía española establecer su soberanía, por lo que va a requerir información sobre el nuevo mundo; por consiguiente, se empieza a solicitar a los conquistadores informes obligatorios o crónicas para la corona, con el fin de facilitar el establecimiento de sus dominios en estos nuevos territorios. Durante la instauración del gobierno monárquico en América, las relaciones y crónicas alcanzan gran importancia para dar a conocer a los reyes lo que ocurría y así poder ejercer su gobernanza y autoridad.

Así mismo, las relaciones, para que fueran de carácter útil para el Estado español, comienzan a estandarizarse de forma burocrática con base en un cuestionario que respondía a descripciones geográficas, naturales, o cualquier dato de utilidad para la monarquía (Mignolo, 1982). De esta manera, la actividad de escribir historia se vio absorbida por la burocracia española, ahora el que escribía no podía narrar lo que quisiera, sino que debía suministrar información que tuviera cierto valor tanto para el Estado como para la iglesia.

Debido a la importante influencia de la Iglesia para la legitimidad de la conquista española en América, alrededor del siglo XVII, a los nuevos territorios llegaron misiones religiosas que pretendían ejercer la tarea evangelizadora que la institución católica había dejado en responsabilidad a la monarquía hispánica. Es aquí cuando se redactan varias obras que narran los hechos de la labor conquistadora, pero con la particularidad de que también en esos escritos se denuncia la crueldad española durante su periodo de conquista. Un claro ejemplo se relata en la “breve destrucción de las indias”, redactado por el fraile Bartolomé de las Casas en donde menciona las consecuencias de la codicia española, provocando con la escritura de su historia que la corona española detuviera la conquista para dar paso al famoso debate sobre la existencia del alma en el indio americano, dado entre Bartolomé de las Casas y Gines de Sepúlveda. Esto obligó en cierta medida, gracias al uso político de la historia, a que la monarquía implementara políticas y restricciones que limitaran los

abusos de los encomenderos con los indígenas, en un intento de congraciarse con la Iglesia católica (Kagan, 2010).

El boom mediático que generó en Europa el descubrimiento y conquista de nuevos territorios por los españoles, sumado al amplio desarrollo de la imprenta, provocaron que estas historias del nuevo mundo se difundieran con cierta velocidad por el viejo mundo, convirtiéndose en obras Best Sellers que terminaron generando un gran impacto en las representaciones sobre las indias. Sin embargo, estas obras que redactaron los cronistas como los de Pedro Mártir de Anglería, Francisco de Gómara o Fernández de Oviedo, aunque se enfocaban en resaltar las grandes gestas de los conquistadores españoles, también denunciaban y describían, en mayor o menor medida, la crueldad española hacia los indígenas americanos. El éxito comercial de estas obras en el resto de Europa, dejaban con una muy mala imagen a la empresa de conquista llevada por la monarquía española creándose una especie de “Leyenda Negra” en contra de la corona hispánica¹.

El desprestigio de la corona hispánica frente al resto de la Europa occidental, que había sido ocasionada por las distintas obras que narraban los hechos de la conquista, fueron de cierta manera instrumentalizados por sus potencias rivales para cuestionar la legitimidad de la presencia española en el nuevo mundo, creando relatos que se enfocaban en la incapacidad de la corona por controlar a los conquistadores, a tal punto de que estos se rebelaban contra la misma monarquía poniendo en duda la autoridad real del emperador Carlos I (Kagan, 2010). Las crónicas sobre las conquistas de las indias terminaron siendo un arma de doble filo para España, dado que fueron usadas por las potencias protestantes para legitimar su rebeldía contra el poder monárquico. Se encuentra el caso de la instrumentalización de estos relatos por parte de Guillermo de Orange en las guerras de independencia de Países Bajos, en donde la lucha contra la crueldad española en Holanda estaba siendo justificada por los independentistas con base en esos escritos provenientes de América, y así, poder separarse de la influencia hispánica (Kagan, 2010).

1 El concepto de “Leyenda Negra” es bien cuestionable dado que, usualmente es utilizado para legitimar la creación de una historia nacional española oficial que relega cualquier ejercicio crítico frente a los relatos nacionales clasificándolos como “Leyenda Negra”. Véase la crítica al concepto de José Luis Villacañas en “Imperiofilia y el populismo nacional-católico”.

Ante el gran desprestigio que sufría la corona española frente a sus rivales, esta se vio en la necesidad de crear una contra historia que hiciera peso a la ya controvertida “leyenda negra”, la cual tenía una enorme fuerza en Europa, y a su vez legitimar el derecho de la monarquía sobre América (Kagan, 2010). Esto conllevó a que se creara por parte de la corona el cargo de cronista y cosmógrafo mayor de las indias, en donde, el que desempeñase tal función no podía ejercerla a su voluntad, en el sentido de que no le era permitido el uso de su subjetividad para analizar los hechos, sino que, el producto escrito del cronista mayor sería el resultado de una empresa colectiva en la que también participaban comisarios, quienes eran los que vigilaban lo que escribía el cronista y también la votación del consejo de indias quien era el órgano legal que aprobaba la obra final. Tal grupo se encargaría de redactar una historia oficial, tratando primordialmente en resaltar los logros de España y enfocándose en las acciones del Estado y la Iglesia para regular y limitar los abusos en los nuevos territorios (Kagan, 2010).

Es en este momento cuando la historia adquiere un carácter institucional. La historia, al estar regulada políticamente por el Estado, se convierte en un producto que busca aconsejar al rey, siendo este el principal lector al que van dirigidas las obras, no por nada en cada introducción se destaca una dedicatoria al rey (Borja, 2002), en donde se justifican las razones por las cuales se ejerce la función de escribir sobre América, por lo que de ahora en adelante cobra una enorme importancia la presencia de la monarquía y la iglesia en la narración, la cual tenía como fin tratar de conservar la memoria de ambas instituciones y así legitimar su autoridad en el orden político imperante dentro del contexto americano (Borja, 2002).

Historia y Estado Nación

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, se estaba dando en toda la América hispana un proceso de construcción de naciones, mientras que se desarrollaba al tiempo un orden político y económico de carácter burgués, en donde la historia cumplió una función específica y fundamental al actuar como un recurso legitimador nacionalista muy poderoso usado principalmente en el ámbito educativo para difundir una idea de nación concreta (Esquerra, 2007). La influencia del romanticismo en las élites americanas, llevó a que estas se preguntaran por la historia de sus naciones, siendo entonces el pro-

ceso de independencia el principal objeto de sus investigaciones históricas (Alva, 2009).

Para los intelectuales europeos, la nación respondía a un grupo de personas que, además de compartir cultura, compartían una lengua e historia en común, tenían un pasado compartido y habían luchado juntos por llegar hasta donde estaban, por lo que, al establecer el origen de sus naciones, recurrían a pasados idílicos de culturas antiguas o medievales de las que se consideraban sus principales herederos. Caso contrario al contexto americano, en donde una docena de naciones parecían haber salido de la nada de su independencia de España. Sin embargo, los intelectuales e historiadores hispanoamericanos tomaron ese modelo romántico proveniente de Europa, para tratar de darle un origen histórico a las nuevas naciones hispanoamericanas y así justificar de cierta manera su nacimiento y prolongación como nación independiente. La nación entonces debía pensarse hacia futuro, tomando como base de partida las luchas por la independencia, sintetizadas en aquellos héroes que la hicieron posible. La historia quedaría así al servicio del Estado-nación, coaptada aún en ese momento por las instituciones políticas.

Durante todo el siglo XIX, el estudio y actividad de escritura de la historia no era una disciplina social tal y como la entendemos hoy en día. Alrededor del periodo de finales del siglo XIX y principios del XX, la disciplina histórica experimentó varios cambios trascendentales que le permitió constituirse como un campo de conocimiento social propio de las ciencias fácticas (Bunge, 1996). Esta actividad de escritura y conocimiento del pasado estaba específicamente asociada en un primer momento a una función de construcción de los Estados nación en América Latina. Los intelectuales y demás hombres de letras concentraban sus esfuerzos en construir relatos que legitimaran el nuevo orden político liberal y republicano, por lo que se centraron en narrar los acontecimientos relacionados con la política y la guerra. Así mismo, estos hombres jugaron un papel central como funcionarios de Estado, organizando y recopilando todo tipo de información necesaria para el buen funcionamiento del aparato estatal nacional (Mendieta, 2017).

Durante este periodo de construcción de los Estados nacionales, el conocimiento del pasado era la base de un relato constituido para justificar el nacimiento de un sujeto unificador que era la nación, por lo mismo, la historia absorbida aún por el campo de la política cumplía un fin patriótico con su nación, que consistía en formar el alma del ciudadano. El estudio del pasado estaba asociado

entonces a una utilidad nacional que se tradujo en la incorporación de ceremonias y tradiciones patrióticas con el fin de ensalzar los orígenes, grandezas, triunfos, y redenciones de la nación. Todo este esfuerzo de conmemoración a la historia de la patria tenía una función educativa: la de integrar el sentimiento de pertenencia de un ciudadano con un conjunto de símbolos como lo eran el escudo, la bandera, el himno, etc. Así mismo, todo el aparato educativo estaba integrado para reproducir una narrativa canónica de la historia del país. Sin embargo, todo el proceso de elaboración de un relato nacional era una actividad individual propia del trabajo intelectual generalmente de hombres de Estado que también eran grandes hombres de letras, los cuales se interesaban desde su individualidad por estos temas del pasado (Mendieta, 2017).

Las actividades intelectuales de los hombres de letras, al ser una actividad meramente individual, buscaron constituir e integrar sus propios centros de estudio, discusión y validación de los conocimientos del pasado en espacios privados. Así se crearon diversas asociaciones letradas, las cuales eran entidades cerradas vinculadas a discusiones generalmente políticas, en donde se trataban multitud de temas relacionados con la propagación de ideas sobre la nación y su pasado, pero desde un interés netamente individual y no como un proyecto estatal direccionado a la creación de conocimiento.

El estudio y escritura de la historia dentro de estos espacios letrados no eran actividades especializadas debido a la falta de cátedras de profesionalización de los estudios históricos, en donde la deficiencia en metodologías y técnicas de investigación específicas y especializadas limitaban la escritura histórica a la mera descripción de hechos históricos. Sin embargo, ya tardíamente a principios del siglo XX en estas asociaciones de intelectuales como lo eran las academias, Ateneos o Círculos fueron el espacio donde se promovieron e idearon la creación e implementación de reformas sobre instituciones ya existentes para que se diera paso a la profesionalización en todas las áreas del conocimiento, en especial las disciplinas útiles para el desarrollo de las naciones y el funcionamiento del Estado en donde se encontraban las ciencias sociales (Mendieta, 2017).

Durante todo el siglo XIX hubo varios procesos culturales en América Latina que impactaron al mundo letrado, entre ellos estuvo el desarrollo de un producto intelectual clave que fueron las publicaciones periódicas, en donde los intelectuales hacían frente a la ausencia de espacios institucionales fundamentales para la profesionalización de la disciplina, que junto con sus redes

académicas y herramientas de estudio, eran relevantes para la publicación y divulgación académica e histórica (Mendieta, 2017). Las revistas como productos intelectuales fueron parte de las transformaciones sociales y materiales de las sociedades decimonónicas. La existencia de un público que podía leer y por ende, tener acceso a distintas fuentes de conocimiento, más las mejoras en las técnicas de impresión, permitió el surgimiento de diversas formas de lectura en las cuales tuvieron gran relevancia las revistas (Mendieta, 2017).

Estas revistas no eran especializadas en una rama del conocimiento en específico por lo que concentraba diversidad de información; sin embargo, resultaban ser el único vehículo más cercano para la publicación académica o científica. La mayoría de los hombres de letras que publicaban en estas revistas eran hombres privilegiados pertenecientes a las elites, por lo que las revistas articularon los discursos de modernización y nociones de modernidad de los grupos letrados, además de que sirvieron como difusores de las ideas de unidad nacional y construcción de nación (Mendieta, 2017).

En Europa, durante el siglo XIX y principios del XX, se llevaron a cabo algunos procesos que permitieron la constitución de la historia como una disciplina científica, entre los cuales se encuentran el surgimiento de espacios específicos para la enseñanza y la difusión de la historia en las universidades modernas. Esto se dio como consecuencia de las transformaciones sobre el valor del trabajo intelectual y su aceptación social en conocimientos especializados, lo cual permitió mayor autonomía a la historia como disciplina. América Latina estaba ausente de los procesos que impactaran al mundo letrado, principalmente por la ausencia de instituciones que se especializaran en estas formas de conocimiento como lo eran las universidades modernas. En este sentido, en América Latina sobresalían principalmente los colegios mayores que venían de una tradición religiosa, enfocados en disciplinas generales como el derecho, matemáticas, gramática, etc. Esto mantuvo el trabajo intelectual en el ámbito de la escritura no especializada (Mendieta, 2017).

Posteriormente, con el surgimiento tardío y la construcción lenta de los estados nacionales latinoamericanos por su condición periférica determinó el atraso relativo del desarrollo institucional, a comparación del centro europeo donde se concentraban un sin fin de instituciones dedicadas al conocimiento y a las ciencias (Rojas, 1999). Los procesos de modernización en América Latina, que son por lo general procesos violentos de implantación de un capitalismo europeo, trajeron consigo también un desarrollo cultural forzoso que aceleró

procesos que en Europa venían gestándose en casi cinco siglos, mientras que en América se dieron solo en siglo y medio. La rapidez con la que se desarrollaron estas transformaciones culturales e institucionales le ha permitido mayor recepción a la historiografía latinoamericana de una diversa gama de corrientes provenientes de Europa. Esta mayor asimilación de escuelas historiográficas le ha dado a la historiografía americana la característica de mestiza, en donde todo tipo de modelos sociales son aceptados en el ámbito académico latinoamericano (Rojas, 1999).

La transición entre una actividad histórica no especializada y no profesional a su profesionalización y especialización disciplinar, no fue el único cambio que sufrió la historiografía latinoamericana en su historia. Los cambios en metodologías, objetos de estudios, postulados y concepciones hegemónicas provenientes del mundo europeo, fueron fundamentales para una mayor profesionalización de la disciplina histórica en el entorno americano. Estas transformaciones historiográficas que se dieron a finales del siglo XIX, vinieron atravesadas por un contexto político y cultural en donde la influencia inglesa y francesa en América Latina era hegemónica y sumamente relevante a nivel científico.

Las corrientes positivistas imperaban entonces en la historiografía latinoamericana como paradigma dominante, debido a la transfusión cultural francesa y demás desarrollos historiográficos de otras regiones de Europa, como es el caso de Alemania y Austria que no impactaban directamente a América Latina, sino que llegan versiones afrancesadas de las mismas, debido a su enorme influencia cultural en el continente (Rojas, 1999). El papel del positivismo en la historiografía latinoamericana no fue para nada menor, su pretensión de cientificidad le permitió crear modelos de validación basadas no solo en la rigurosidad de la fuente, sino también en una sistematización rigurosa los hechos y la creación de parámetros epistemológicos que alejaban y distinguían a la historia de la literatura y la ficción.

Historia e ideología política

El relato que construye el historiador al estar atravesado por configuraciones políticas, económicas y sociales, reproduce de manera consciente o inconsciente los discursos ideológicos hegemónicos de su contexto histórico. En ese orden de ideas, los relatos históricos y las escuelas historiográficas vigentes gozarán de la validez y reputación académica en la medida en que no vayan en dirección

contraria, o cuestionen los paradigmas ideológicos imperantes. La historia en el momento en que decide tomar un rumbo académico a finales del siglo XVIII, en pleno auge del movimiento ilustrado, no duda en ser escrita en forma de narraciones cortesanas y panegíricas hacia los monarcas que representan el despotismo ilustrado; tal narración histórica se convierte en válida en la medida en que legitima las monarquías absolutistas (Florescano, 2012). Del mismo modo, ocurre con los estudios decimonónicos sobre la Revolución francesa en donde los estudios históricos de François Guizot buscan con su relato no solo resaltar los valores en las que se fundó la revolución, tales como la libertad, la igualdad y la fraternidad, sino también en la justificación del nuevo régimen republicano descendiente de esos valores positivos revolucionarios e ilustrados (Florescano, 2012).

Al tiempo que avanzaba el siglo XIX y se consolidaba el moderno régimen de historicidad, el oficio del historiador se profesionalizaba; ahora la historia toma un rumbo más independiente de la influencia del poder político del Estado. En este sentido, dejaron de existir los historiadores de la corte, de la iglesia o del rey y se fundaron instituciones dedicadas especialmente a enseñar, investigar y publicar obras históricas, lo que generó nuevos espacios sociales con la función de mediar las relaciones directas del historiador con los centros de poder y las fuerzas sociales. Este espacio se convirtió a su vez en un centro de generación de conocimientos y prácticas de investigación que normaron la escritura y el discurso del historiador. Estos nuevos espacios académicos dieron luz a productos específicos como lo son las tesis, las monografías y el ensayo histórico, dirigidos también a un nuevo público, especialmente la misma comunidad de historiadores y sus estudiantes (Florescano, 2012).

En dichos escenarios académicos, las investigaciones históricas fueron también, un campo dominado por intereses ideológicos y políticos que se reprodujeron hegemónicamente, determinando así qué relatos históricos son validados científicamente. En el siglo XIX, cuando el positivismo estaba en pleno auge, la enorme influencia del liberalismo y la configuración de la modernidad capitalista como ideologías hegemónicas, determinaban qué interpretaciones históricas eran o no las correctas. En las explicaciones de la historia positivista, la figura de los grandes individuos y el voluntarismo individual son centrales en los procesos históricos, y a su vez, las fuentes oficiales escritas como única forma de conocimiento, se convirtieron en la manera de validación de los relatos históricos, calificando a cualquier investigación que se saliera de estos moldes historiográficos como potencialmente falsos o poco rigurosos.

En este orden de ideas, las actitudes críticas frente a los paradigmas historiográficos hegemónicos son normalmente catalogados como revisionismos, y aunque esa práctica revisionista debería ser considerada como una actitud crítica esencial del historiador profesional, se utiliza comúnmente de forma peyorativa, otorgándole un valor negativo casi como si de un pecado se tratara, a una cualidad crítica elemental del oficio del historiador (Traverso, 2007). Así, las interpretaciones que estén alineadas con las ideologías hegemónicas en configuración con el contexto político, económico y social dominante, gozarán de una mayor validez y aceptación, no solo académica, sino también social.

Esta lucha por la relevancia de una interpretación y su consolidación como hegemónica, no se conseguirá mediante un riguroso debate historiográfico, sino que se convertirá en una verdadera lucha ideológica y política, en donde la interpretación que legitime los valores, las instituciones y los intereses de las clases dominantes gozarán de la hegemonía necesaria para ser consideradas como paradigmas incuestionables. Es así como las interpretaciones liberales de la Revolución francesa se convierten en lecturas hegemónicas, catalogando incluso de “revolución burguesa” a tal fenómeno revolucionario, en donde el papel de las clases trabajadoras es minimizado. Por el contrario, se exalta el papel de los ilustrados burgueses y se desplazan a las revisiones de corte marxista en donde los conflictos de clase y el papel de las clases subalternas no solo es rescatado, sino que también se le añade un carácter emancipatorio. La marginalización de estas interpretaciones no se debe a un examen racional y científico historiográfico, sino a la pérdida política y a la marginalización ideológica del marxismo en occidente.

Este mismo escenario ocurre con el movimiento fascista en Europa, en donde su pérdida definitiva en la Segunda Guerra Mundial, lo relegó no solo políticamente, sino también de cualquier interpretación que lo salvara de la condena moral ante la avasalladora hegemonía de la democracia liberal en el mundo occidental. En un caso hipotético, en donde el fascismo hubiese ganado la guerra y hubiera consolidado su hegemonía ideológica, las interpretaciones en pro de cualquier forma de democracia o de grupos étnicos minoritarios serían relegadas, en el mejor de los casos, a ser catalogadas de revisionistas.

En este sentido, no se puede obviar el papel no sólo político sino también ideológico de las interpretaciones históricas hegemónicas sobre la Guerra Fría, en donde evidentemente la facción comunista liderada por el socialismo soviético es relegada a la barbarie, siendo incluso comparadas con el fascismo

alemán. De esta manera, se catalogan de revisionistas a una serie de historiadores sociales llamados soviétólogos que, con sus nuevas interpretaciones, ponen en jaque bastantes concepciones historiográficas que evidencian una “leyenda negra comunista” en la que redujeron los procesos políticos de la Unión Soviética netamente a la represión; esta concepción fue construida ideológicamente en pro de la democracia liberal, en el contexto de la Guerra Fría (Traverso, 2007).

Conclusiones

En conclusión, la escritura de la historia a lo largo del tiempo ha servido siempre al poder político hegemónico, ejerciendo la función de legitimador de los poderes de dominación institucionales. El poder político en su ejercicio busca legitimarse a sí mismo, por lo que va a intentar monopolizar, por medio de los aparatos institucionales, los relatos que den validez a sus acciones, como por ejemplo, la justificación de conquistas y guerras en contra de otros pueblos enemigos, la justificación de la posición de los reyes y líderes políticos o la creación de mitos que proporcionen un origen legítimo a instituciones como el Estado, o de forma más reciente, a la fundamentación de naciones enteras.

Así pues, la historia deja de ser una simple actividad intelectual para pasar a tener una utilidad de uso político, siendo así instrumentalizada como arma política, al usarse incluso con el objetivo de deslegitimar un poder adversario. Ejemplos abundan, como las visiones peyorativas hacia el emperador romano Calígula, la mala imagen heredada de la conquista a España por parte de sus rivales protestantes, y podemos acercarnos más al mundo contemporáneo y presenciar su uso en la Guerra Fría contra el enemigo comunista encarnada no solo en la URSS, sino en los enemigos que afecten los intereses geopolíticos de las potencias hegemónicas del momento.

Al existir una enorme cantidad de investigaciones históricas que cuentan con una diversidad de interpretaciones sobre diversos hechos históricos, las interpretaciones que se adhieran a ciertas ideologías hegemónicas que se manifiestan dentro del ámbito académico, gozarán de una mayor validez y reputación que aquellas relegadas hegemónicamente. Esto se debe al cambio de las configuraciones políticas y sociales que las catalogará como concepciones poco rigurosas u obsoletas. Al fin y al cabo, el investigador siempre privilegiará su interpretación por sobre todas las demás, rechazando las versiones

que contradigan la suya. Por lo tanto, la disputa entre una interpretación u otra siempre será una disputa que se dirime dentro del terreno ideológico y político. La interpretación dominante o validada científicamente, estará atravesada por la ideología hegemónica de la clase social dominante o detentora del poder, la cual buscará reproducirse no solo de los círculos académicos, sino también en los medios sociales, culturales y educativos.

Referencia bibliográficas

- Weber, Max. (1979). El político y el científico. Madrid: Alianza Editorial. “La política como vocación”.
- Rico, Javier. (2002). La historiografía como crítica, apuntes para una teoría de la historiografía. Historia y sociedad. (XIII), pp. 141-152.
- Gruzinski, Serge. (2021). La máquina del tiempo. México: Fondo de cultura económica. “Tomar lo viejo para hacer algo nuevo”.
- Mignolo, Walter. (1982). Cartas, crónicas y relaciones de descubrimiento. Historia de la literatura latinoamericana. Pp. 57-116.
- Balmaceda, Catalina. (2013). Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico. Madrid: Akal. “La antigüedad clásica: Grecia y Roma”.
- Kagan, Richard. (2010) Los cronistas y la corona, la política de la historia en España en las edades media y moderna. Madrid: Ediciones de Historia S.A. “En defensa del imperio”.
- Borja Gómez, Jaime Humberto. (2002) Los indios medievales de fray Pedro de Aguado. Bogotá: CEJA. “La retórica, los héroes y los tiranos”.
- Florescano, Enrique. (2012) La función social de la historia. México: Fondo de cultura económica. “Imágenes y transformaciones del narrador del pasado”.
- Florescano, Enrique. (2012). La función social de la historia. México: Fondo de cultura económica. “Las ataduras de la institución académica y del gremio”.
- Traverso, Enzo. (2007). El pasado, instrucciones de uso, Historia, memoria, política. Madrid: Ediciones jurídicas y sociales. “Revisión y revisionismo”.

- Dager Alva, Joseph. (2009). *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Fondo Editorial Universidad Católica del Perú. “El Estado nación y el nacionalismo”.
- Cañizares Esguerra, Jorge. (2007). *La creación de una epistemología patriótica*. En *Cómo escribir la historia del nuevo mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*. México: Fondo de cultura económica.
- Bunge, Mario. (1996). *La ciencia, su método, y su filosofía*. Colombia: editorial suramericana.
- Betancourt Mendieta, Alexander. (2017). *La escritura de la historia en el cambio de siglo: de la revista letrada a la revista especializada*. *Revista Expedições: teoria da historia e Historiografia*. Vol. 8. (N. 1), pp.1-24.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio. (1999). *La recepción de la historiografía francesa en América Latina, 1870-1968*. *Memoria y sociedad*. vol. 3. (N.6), pp.15-30.